

José Orlandis da una explicación a la debatidísima cuestión de los silencios de Pío XII resaltando la protección que dicho pontífice dio a los judíos. La otra vertiente internacional del papa Pacelli —el impulso que dio a la unidad de Europa—, es juzgada por su biógrafo como «una de las más afortunadas de la época siguiente a la conclusión de la II Guerra Mundial».

De Pablo VI se destaca la nueva actitud que se encuentra en los pontífices de realizar grandes viajes a través de las fronteras. Sus intervenciones en la política de determinados Estados en relación con la Iglesia quedan limitadas en su conocimiento por «la escasez de la documentación puesta en manos de los historiadores». Su línea ecuménica se ha visto también ampliamente secundada por Juan Pablo II, el actual pontífice, que ha multiplicado los viajes de forma espectacular.

La dimensión internacional de la obra que comentamos se completa con la inclusión de un capítulo final —que sentimos no sea más extenso—, elaborado por Carlos Soler y que lleva por título «La Santa Sede y la comunidad internacional durante el siglo XX». En él se destaca la presencia de la Santa Sede en los tratados multilaterales, el gran crecimiento del número de representaciones diplomáticas y la participación en las organizaciones y conferencias internacionales.

Los coautores tratan también de la extensa acción pastoral de los pontífices —tema de gran interés en el que no entramos—, así como en la obra de varios de los Papas del siglo XX (Pío X, Pablo VI y Juan Pablo II), dedicada a la reforma y actualización del pontificado.

Obra pues de síntesis muy útil para quien de forma manejable quiera tener cerca una visión global rigurosa y amena de la obra de los Papas durante el siglo.

SANTIAGO PETSCHEN

SUÁREZ FERNÁNDEZ LUIS: *Nación, Patria, Estado en una perspectiva histórica cristiana*, Unión Editorial (Col. AEDOS Ensayos DSI), Madrid, 1999, 238 pp.

El libro que ahora comentamos es un ensayo de una temática amplísima. El mismo autor reconoce que le resulta imposible especificar las variadas lecturas en las que se apoya. De todos modos, deja claro que la base de partida es la doctrina de la Iglesia, expuesta fundamentalmente en los textos del Concilio Vaticano II, en el Catecismo de la Iglesia católica y en las encíclicas de los últimos Papas. Según el mismo autor, «el ensayo pretende ordenarse en torno a tres núcleos que se manejan abundantemente en nuestros días y se encuentran afectados de un riesgo de exageración: vivimos en tiempos de estatismo y nacionalismo, de tal manera que en ellos la dignidad de la persona humana aparece

disminuida e incluso reducida a extremos de mecanismo intermedio; los abusos que en el orden moral se cometen desde las altas estructuras de los Estados –tratando de imponer una ética al margen de los principios de la ley natural– y el recurso a la violencia de los movimientos nacionalistas en todo el mundo –como si esto fuera una parte de los deberes hacia la nación– así nos lo demuestran. En un acto de reflexión sobre circunstancias del mundo actual, el historiador empieza por descubrir precisamente esa gran deficiencia de los principios morales, que fueron los que permitieron a Europa un verdadero progreso».

En el fondo del libro late la inquietud de un historiador preocupado por lo que considera una sustitución de la religión por las ideologías en este fin de milenio. Y dentro de esas ideologías alerta especialmente, siguiendo al Papa Juan Pablo II, sobre el desarrollo que están teniendo actualmente –como tales ideologías precisamente– el capitalismo salvaje y los nacionalismos. Ambas posturas llevan al menosprecio de la persona humana tanto desde el punto de vista natural como desde la perspectiva cristiana, a partir de la cual el autor establece claramente su reflexión.

Podríamos decir que en esto consiste el libro: es la reflexión en voz alta de un historiador cristiano, alarmado por la reaparición de formas de totalitarismo –en el fondo anticristianas– que anidan en los movimientos nacionalistas finiseculares. Pero no es una reflexión únicamente personal y espontánea, sino que se inserta y de algún modo tiene su origen en las actividades –tan variadas– que promueve la Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia (AEDOS). Una de las últimas y más interesantes iniciativas de esta asociación ha sido crear dentro de ella una sección dedicada a estudios históricos. Entre sus primeras actividades tuvo lugar hace unos meses cerca de Madrid un seminario sobre «Nacionalismos y hecho religioso», dirigido por el profesor José Andrés-Gallego, tema de notable importancia tanto para la historia reciente de España como para la europea. Una de las metas planteadas en ese seminario fue la elaboración de estudios amplios –y probablemente más libres en cuanto a la estructura de lo habitual en los trabajos académicos– sobre la acción del hecho religioso en la historia. El primer resultado es el ensayo que comentamos.

Está articulado en ocho capítulos. El capítulo I, «El hombre, ser que sucede en el tiempo», presenta la visión occidental de la historia y los axiomas básicos sobre los que se construyó Europa. El II, «Al final de una utopía», critica la situación a la que han llevado los principios utópicos de la modernidad. El III, «Autoridad y potestad», sintetiza la antropología cristiana sobre el hombre, el cuerpo, la castidad y la familia y la necesidad de que los poderes públicos la respeten para que puedan legislar con verdadera autoridad. En el capítulo IV, «Moralidad y ley», se analizan las nociones cristianas de moral y pecado y los derechos imprescindibles de las personas y de la sociedad en orden al bien común, derechos que debe respetar la autoridad para que puedan

recibir en contrapartida la lealtad de los individuos sobre los que pretende actuar. El capítulo V, «Nación y patria», tiene un carácter más histórico, pues analiza estos conceptos especialmente en sus orígenes medievales, desarrollando ampliamente las enseñanzas cristianas sobre el Estado y la patria y aplicándolas al caso de España. En el VI, «Estado o polis», afina acerca del concepto de Estado desde el punto de vista del derecho político, rechazando la posibilidad de Estados multinacionales –para lo que se basa en la experiencia histórica– y destacando especialmente la peculiaridad formativa de la nación española y de su expansión universal en el mundo americano, con la creación de la hispanidad de matriz cristiana. Es especialmente interesante en este capítulo el apartado que se titula «Lo que España puede aportar», donde ofrece el ejemplo histórico de la España cristiana de los cinco reinos como un posible modelo para la estructuración de la Europa unida. El capítulo VII, «Grandeza y miseria de la modernidad», estudia los cambios filosóficos y teológicos de la modernidad –a partir del siglo XIV– y su reflejo en la vida política, desde Ockam o Galileo hasta el deísmo, el materialismo o el ateísmo. El último capítulo, VIII, «La herencia inmediata», desarrolla el impacto práctico de la modernidad en el ámbito político y social a partir de las revoluciones del siglo XVIII, en concreto las tres opciones que se plantearon para alcanzar la felicidad de los pueblos: la ciencia, la raza y el colectivismo. Cada una de esas opciones engendró sociedades diversas: el capitalismo, los totalitarismos y las dictaduras del proletariado.

Tras esta larga reflexión histórica y política sobre los fundamentos de la sociedad política occidental, el autor termina concluyendo que «se han perdido los valores morales con los que se sustentaba la sociedad», lo que desde punto de vista político se traduce en la separación de la Iglesia y el Estado en las sociedades políticas cristianas. Pero esa misma separación, al eliminar las normas morales que toda sociedad necesita, termina disolviendo la propia sociedad en el individualismo. La conclusión última, «de todas las ideas y directrices que hemos venido contemplando no puede ser otra que un llamamiento a la profunda reconversión moral». Esa reconversión, fundada en la doctrina de la Iglesia posibilitaría «un nuevo Humanismo que ha de ser un proyecto para integrar todos los descubrimientos logrados en una actitud al servicio la persona humana, en cuanto que ésta posee radical dignidad». Así termina este apasionado ensayo –discutible y esperemos que positivamente discutido– en defensa de la dignidad de cada hombre frente al poder político con el que se inicia –tal y como desean los promotores del Capítulo de Historia de AEDOS– un debate sobre el papel del hecho religioso en la vida política contemporánea.